

Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas



Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas

Lewis Carroll



Chibalete Editores

Título original: *Alice's Adventures in Wonderland*

Por Lewis Carrol

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

Para la traducción de la presente obra se siguió la primera edición en inglés (1866) editada e impresa por D. Appleton. Fue registrada el 01 de diciembre de 2023 en la Dirección Nacional de Derecho de Autor en Colombia.

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana

© De la presente traducción: Nico Caballero

© Colección, ilustración y diagramación: Chibalete Editores, 2024

ISBN-E: 978-628-01-4131-2

www.chibaleteeditores.com

Contenido

11

Capítulo I. Descendiendo en la madriguera del conejo

25

Capítulo II. El lago de lágrimas

41

Capítulo III. Una carrera alocada y una larga historia

53

Capítulo IV. El Conejo envía una pequeña cuenta

69

Capítulo V. Consejos de una oruga

85

Capítulo VI. Cerdo y Pimienta

103

Capítulo VII. Una alocada fiesta de té

121

Capítulo VIII. El Campo de croquet de la reina

139

Capítulo IX. La historia de la falsa tortuga

157

Capítulo X. La danza de la langosta

173

Capítulo XI. ¿Quién robó las tartas?

187

Capítulo XII. El Testimonio de Alicia



*Dedicado a las niñas y niños del Pacífico y Caribe
colombianos que nos inspiraron para hacer este libro.*

Y a ti Sol, que haces la vida maravillosa.



Capítulo I.

Descendiendo en la madriguera del conejo

Alicia comenzaba a sentirse muy cansada de estar sentada junto a su hermana en la orilla del banco y de no tener nada que hacer: una o dos veces había mirado dentro del libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía diálogos ni imágenes en él, “¿y cuál es el uso de un libro?” pensó Alicia, “¿sin diálogos, ni dibujos?”.

Así que estaba considerando en su propia mente (tanto como podía, porque el día caluroso la hacía sentir adormecida), si el placer de hacer una guirnalda de margaritas valdría la molestia de levantarse y recoger las margaritas, cuando de repente un conejo blanco con ojos rosados pasó corriendo cerca de ella.

No había nada tan notable en eso; ni Alicia pensó que fuera extraño escuchar al conejo decir en voz alta, aunque para sí mismo, “¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Voy muy tarde!” (cuando lo pensó después, se le ocurrió que debió haberse preguntado por esto, pero en ese momento todo le pareció bastante natural). Pero



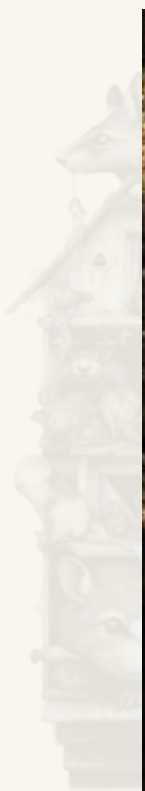
cuando el conejo sacó un reloj del bolsillo de su chaleco, lo miró y luego se fue corriendo, Alicia se levantó de un salto porque le cruzó por la cabeza que nunca había visto a un conejo con un chaleco o con un reloj y, muerta de curiosidad, corrió a través del campo tras él. Y llegó justo a tiempo para verlo desaparecer en una madriguera bajo un seto.

Solo un instante después, Alicia bajó tras él, sin siquiera pensar cómo iba a salir de nuevo.

La madriguera del conejo avanzaba directa como un túnel por un trecho, pero luego descendió de repente. Tan repentinamente que Alicia no tuvo un momento para pensar en detenerse antes de encontrarse cayendo en un pozo muy profundo.

Y, o el pozo era muy profundo o ella caía muy lentamente, porque tuvo mucho tiempo mientras descendía para mirar a su alrededor y preguntarse qué iba a pasar luego. Primero intentó mirar hacia abajo para ver qué le esperaba, pero estaba demasiado oscuro para ver algo. Luego miró los lados del pozo y vio que, cayendo con ella, había armarios y estanterías; aquí y allá vio mapas y pinturas colgadas en ganchos. Mientras seguía cayendo, tomó un frasco de una de las estanterías; tenía una etiqueta que decía: *Mermelada de naranja*, pero para su gran decepción estaba vacío: no le gustó la idea de soltar el frasco por temor a herir a alguien abajo, pero logró colocarlo en uno de los armarios mientras caía junto a él.

“Bueno”, pensó Alicia para sí misma, “¡después de una caída como esta, no pensaré nada de caer escaleras abajo! ¡En casa van a pensar que soy muy valiente! ¡Pero, por supuesto, no diría nada al respecto, incluso si me cayera desde lo más alto de la casa!” (Lo cual era probablemente muy cierto).





Abajo, abajo, abajo. ¿Nunca terminaría la caída? “Me pregunto cuántos kilómetros habré caído en este momento”, dijo en voz alta. “Debe ser que estoy llegando cerca del centro de la Tierra. Veamos: eso serían unos 6500 kilómetros hacia abajo, creo...” (porque Alicia había aprendido varias cosas de este tipo en sus lecciones en la escuela y, aunque esta no era una oportunidad muy buena para presumir de su conocimiento, ya que no había nadie que la escuchara, todavía era una buena práctica decirlo). “Sí, esa es la distancia correcta, pero me pregunto en qué latitud o longitud estaré” (Alicia no tenía idea de qué era la latitud ni la longitud, pero pensaba que eran palabras grandiosas y bonitas para decir).

Pronto comenzó de nuevo. “¡Me pregunto si caeré directamente a través de la Tierra! ¡Qué gracioso parecerá salir entre





la gente que camina con la cabeza hacia abajo! Las Antipatías, creo...” (estaba bastante contenta de que no hubiera nadie escuchando esta vez, ya que no sonaba en absoluto como la palabra correcta) “pero tendré que preguntarles cómo se llama el país, ¿sabes? Por favor, señora, ¿esto es Nueva Zelanda o Australia?” (y trató de hacer una reverencia mientras hablaba, ¡imagina hacer una reverencia mientras caes por el aire! ¿Crees que podrías lograrlo?) “¡Y pensará qué niña tan ignorante que soy por preguntar! No, no convendría preguntar: quizás lo veré escrito en algún lugar”.

Abajo, abajo, abajo. No había nada más que hacer, así que Alicia pronto comenzó a hablar de nuevo. “¡Creo que Dinah me extrañará mucho esta noche!” (Dinah era su gata). “Espero que recuerden su platito de leche a la hora del té. ¡Querida Dinah! ¡Ojalá estuvieras aquí abajo conmigo! Ya sabes que no hay ratones en el aire, me temo, pero podrías atrapar un murciélago y eso se parece mucho a un



ratón. Pero, me pregunto: ¿los gatos comen murciélagos?” Y aquí Alicia comenzó a sentirse bastante somnolienta y siguió diciéndose a sí misma, de manera soñadora, “¿Los gatos comen murciélagos? ¿Los gatos comen murciélagos?” y a veces: “¿Los murciélagos comen gatos?”. Porque como no podía responder a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cómo las formulara. Sintió que se estaba quedando dormida y acababa de comenzar a soñar que caminaba de la mano con Dinah y le decía muy seriamente: “Ahora, Dinah, dime la verdad: ¿alguna vez comiste un murciélago?” cuando de repente, ¡golpe! ¡golpe! cayó sobre un montón de palos y hojas secas y la caída terminó.

Alicia no estaba herida y se levantó de un salto: miró hacia arriba, pero estaba todo oscuro. Ante ella había otro pasaje largo y el Conejo Blanco todavía estaba a la vista, corriendo por él. No había tiempo que perder: Alicia se fue como el viento y llegó

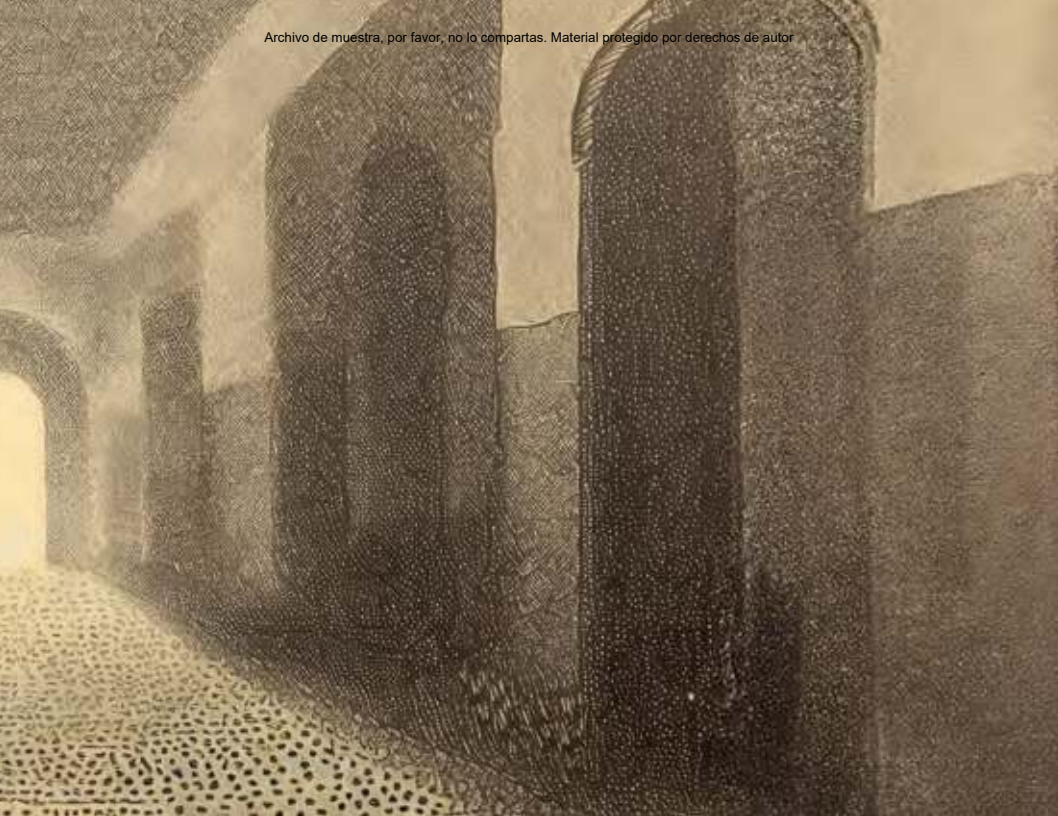




justo a tiempo para escucharlo decir, al doblar una esquina: “¡Ay, mis orejas y bigotes, cómo se está haciendo tarde!”. Estaba muy cerca de él pero cuando dobló la esquina el Conejo ya no se veía. Alicia se encontró en un pasillo largo y bajo, iluminado por una hilera de lámparas colgando del techo.

Había puertas a lado y lado del pasillo, pero todas estaban cerradas. Y cuando Alicia había ido por un lado y vuelto el otro, probando cada puerta, caminó tristemente por el centro preguntándose otra vez cómo podría salir de allí.

De repente, se encontró con una pequeña mesa de tres patas toda hecha de vidrio sólido. En ella no había nada, excepto por una llave dorada diminuta, y el primer pensamiento de Alicia fue que podría pertenecer a una de las puertas del pasillo. Pero, ¡ay! o



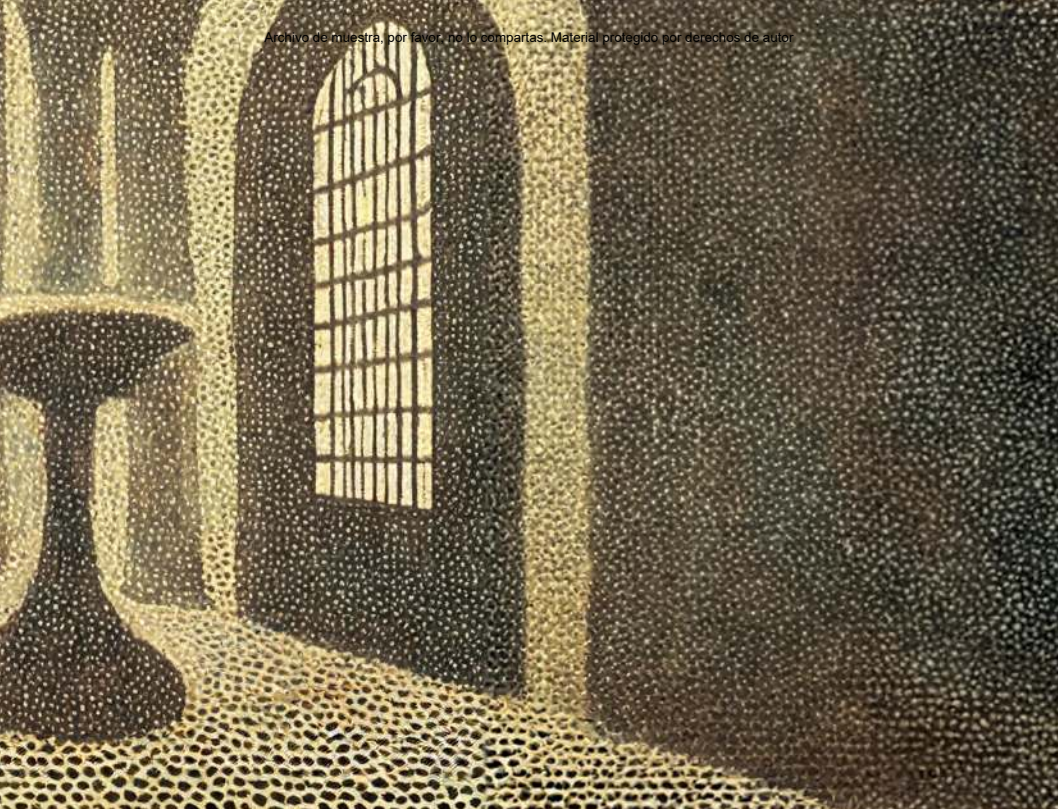
las cerraduras eran demasiado grandes o la llave era demasiado pequeña. En cualquier caso, no abría ninguna de ellas. En el segundo recorrido, sin embargo, encontró una cortina baja que no había notado antes y, detrás de esta, había una puertecita de unos quince centímetros de alto: Alicia probó la llave dorada en la cerradura y, para su gran alegría, ¡encajó!

Abrió la puerta y descubrió que conducía a un pasadizo pequeño, no mucho más grande que la madriguera de un ratón: se arrodilló y, mirando a lo largo del pasadizo, descubrió el jardín más encantador que jamás hubiera visto. Cómo anhelaba salir de ese pasillo oscuro y pasear entre esas camas de flores brillantes y esas fuentes frescas, pero ni siquiera pudo meter la cabeza por la puerta. “Y aun si mi cabeza pudiera pasar”, pensó



la pobre Alicia, “no serviría de mucho sin mis hombros. ¡Oh, cómo desearía poder cerrarme como un telescopio! Creo que podría hacerlo si solo supiera cómo empezar”. Porque, fíjate, habían sucedido tantas cosas fuera de lo común últimamente que Alicia había comenzado a pensar que en realidad había muy pocas cosas que fueran realmente imposibles.

Parecía que no había ningún sentido en esperar junto a la pequeña puerta, así que volvió a la mesa, esperando encontrar otra llave en ella o, al menos, un libro de reglas para cerrar a las personas como telescopios: esta vez encontró en la mesa una pequeña botella, “que ciertamente no estaba aquí antes”, dijo Alicia. Y alrededor del cuello de la botella había una etiqueta



de papel con la palabra Bébeme, bellamente impresa en letras grandes.

* * *

“Bébeme” era una cosa muy bonita de decir, pero la astuta Alicia no tenía intenciones de hacerlo apresuradamente. “No, primero la miraré”, dijo, “y veré si está o no marcada como ‘veneno’”. Había leído varias historias bonitas sobre niños que se habían quemado y habían sido devorados por bestias salvajes y otras cosas desagradables, todo porque no recordaban las reglas simples que sus amigos les habían enseñado: tales como que un atizador al rojo vivo te quemará si lo sostienes demasiado tiempo; y que si te cortas el dedo profundamente con un



cuchillo sangrará; y nunca olvidó que, si bebes mucho de una botella marcada “veneno”, es casi seguro que te caerá mal, más temprano o más tarde.

Sin embargo, esta botella no estaba marcada como “veneno”, así que Alicia se atrevió a probarla y, al encontrarla muy sabrosa, (de hecho, tenía una especie de sabor mezclado a tarta de cereza, natillas, piña, pavo asado, caramelo y tostadas con mantequilla caliente), se la terminó de un sorbo.

“¡Qué sensación tan curiosa!” dijo Alicia; “debo estar encogiéndose como un telescopio”.

Y en verdad lo estaba: ahora solo medía veinte centímetros de alto y su rostro se iluminó al pensar que ahora tenía el tamaño preciso para pasar por la puertecita hacia ese hermoso jardín. Pero, primero esperó unos minutos para ver si seguía encogiéndose más: se sentía un poco nerviosa por esto. “Porque podría terminar, ya sabes”, se dijo Alicia a sí misma, “derritiéndome por completo, como una vela. Me pregunto, ¿cómo sería yo entonces?”. E intentó imaginar cómo sería la llama de una vela después de que se acaba, porque no recordaba haber visto algo así.

Después de un rato, al ver que no sucedía nada más, decidió entrar al jardín de inmediato. Pero, ¡ay de la pobre Alicia! cuando llegó a la puerta, se dio cuenta de que había olvidado la llave dorada y cuando volvió a la mesa a buscarla, se dio cuenta de que no podría alcanzarla de ninguna manera: la veía con bastante claridad a través del vidrio e hizo su mejor esfuerzo para trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Y cuando se cansó de intentarlo, la pobre se sentó a llorar.

“¡Bueno, no tiene sentido llorar así!” de repente se dijo a sí misma Alicia. “¡Te aconsejo que dejes de hacerlo en este momento!”. Por lo general, se daba muy buenos consejos a sí misma (aunque

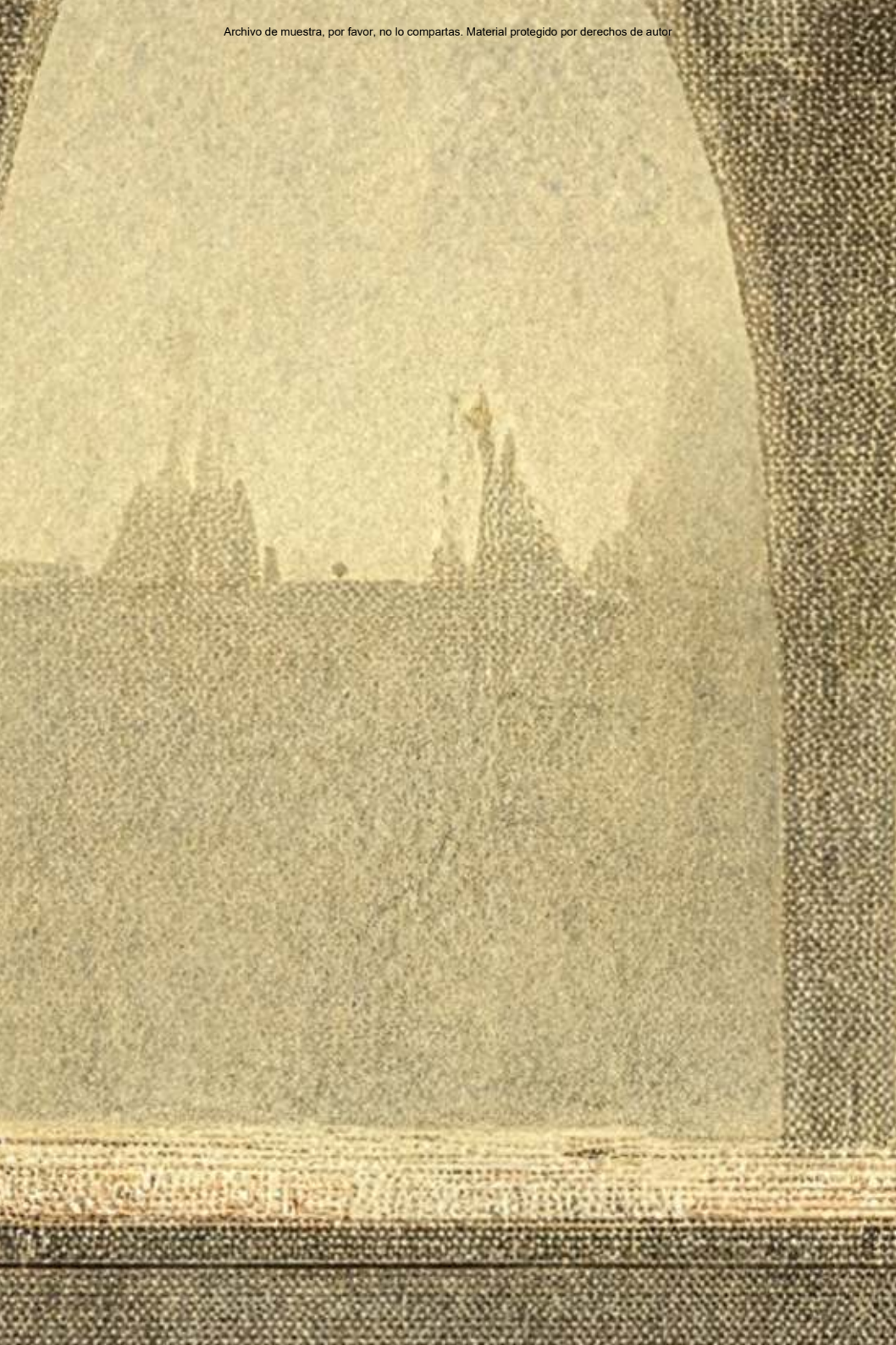


rara vez los seguía) y a veces se regañaba tan duramente que le hacían lágrimas los ojos. Recordó que una vez intentó darse un puñetazo en sus propias orejas por haberse engañado en un juego de croquet que jugaba contra sí misma. Porque a esta niña curiosa le gustaba mucho pretender ser dos personas. “Pero ahora no tiene sentido”, pensó la Alicia, “pretender ser dos personas. ¡Vaya, apenas me queda lo suficiente como para ser una persona respetable!”.

Pronto, cayó en cuenta de que había una pequeña caja de cristal bajo la mesa: la abrió y encontró en ella una torta muy pequeña. Esta estaba adornada con uvas pasas que, bellamente, formaban la palabra *Cómeme*. “Bueno, la comeré”, dijo Alicia, “y si me hace ser más grande, podré alcanzar la llave. Y si me hace más pequeña, podré pasar por debajo la puerta, así que de cualquier manera entraré en el jardín, ¡y no me importa lo que suceda!”

Comió un poquito y se dijo ansiosamente a sí misma: “¿Hacia dónde?, ¿hacia dónde?”, sosteniendo su mano en la parte superior de su cabeza para sentir en qué dirección estaba creciendo. Y se sorprendió mucho al descubrir que seguía siendo el mismo tamaño: por supuesto, esto generalmente sucede cuando uno come pastel, pero Alicia se había acostumbrado tanto a esperar que pasaran cosas fuera de lo común, que le pareció bastante aburrido y tonto que la vida continuara de la manera común.

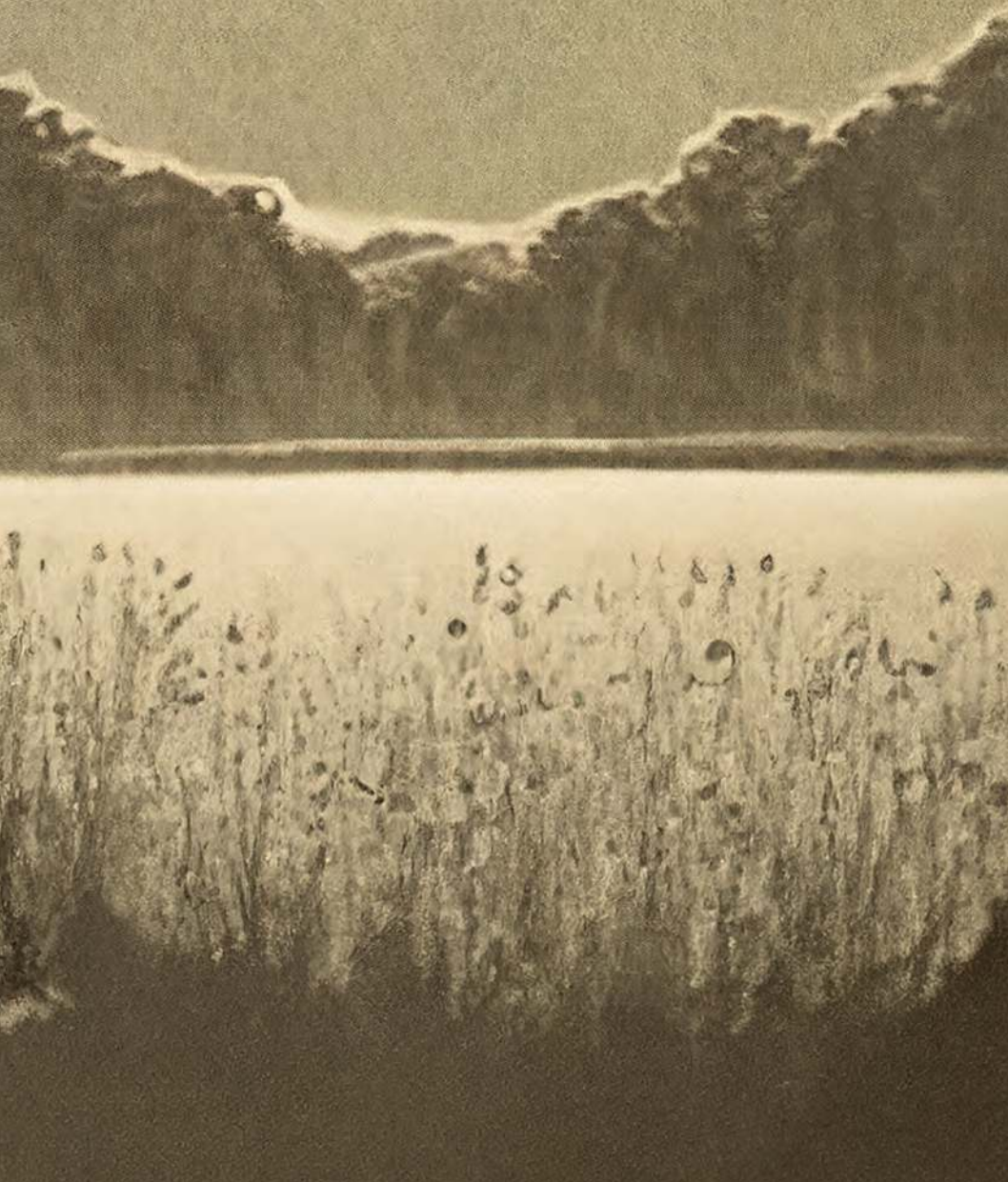
Así que se continuó comiendo y muy pronto se terminó la torta.













Este libro se diagramó con caracteres
Nocturne y Calluna.
Se publicó en Colombia en el 2024.